

habituales» (XIV)—, desgarradores —«Sueño de mendigo» (XIX)— pero, sobre todo, llenos de un vigor que Argullol consigue transmitir al lector<sup>35</sup>:

**Melancolía después de la batalla (XIII)**

Ya solo,  
alcanzada y perdida la cumbre de tu gozo,  
héroe fugaz del amor,  
ante ti se ha dado cita  
la desolación del despertar incierto.  
Atrás han quedado los animales de desmedido instinto,  
atrás con sus organismos rotos  
por los afanes de tu ambición.  
Ciertamente el combate ha redoblado tu soledad.  
(Nadie que se haya cincelado a sí mismo  
en héroe  
escapará a la carroña de lo real.)  
En la palma de tu mano, entonces poderosa,  
sentiste la caricia de los grandes valles vencidos,  
de los portentosos ríos,  
de las avenidas interminables enfervorizadas  
en tu honor.  
Caían, impiamente cortadas por tu músculo,  
las ramas bastardas, las flores  
que el polvo de los días brutalmente devastó.  
¿Existe un sentimiento más noble  
que lograr ser guerrero de uno mismo?  
¡Oh triste, triste,  
forzosamente hay que admitir  
que llegaste al umbral del cénit!  
¿Mas qué vino luego?  
¿Por qué, como antaño,  
la cerrada música de la noche es tu aliento  
único?  
¿No habría sido mejor aniquilar un corazón  
que el hedonismo perfecto había proclamado?  
Ahora alcanzas a ver  
—por una vacilación excesivamente humana—  
la exacta dimensión de tu tormento.  
La bella historia de tu combate  
—sorbida por una carcajada innoble—  
nunca se escribirá en la gran Historia;  
y esta ventana iluminada por una lágrima  
—que, para tu honra, todavía tendrás—  
te devolverá a la medida verdadera  
de lo que sucede después de la batalla.

No decrece la intensidad en los siguientes poemas —«Fragmentos del Amor»— sino al contrario, aumenta. El centro de ellos, claro es, va a estar en el amor. Sobre todo, en el deseo de amor porque si bien el amor desaparece, cambia, adopta diversas formas, el deseo de su consecución ha de mantenerse incólume. Si el libro en su conjunto rezuma temas románticos, en esta colección lo hace de una manera especial. Sin duda, el «anhelo de» es tema, esencialmente, romántico. El loco enamorado ansía la pose-

<sup>35</sup> Argullol, op. cit., (35), págs. 30-31.

sión de la «Fugacidad de la Belleza» (XXVII), a través del objeto de su amor, el amado. La tragedia del amor reside en el hecho de que en cuanto los enamorados se satisfacen en su posesión, tras los momentos iniciales de pasión, el deseo desaparece. La tensión del anhelo se ha diluido.

El siguiente apartado —«Nociones de Ética»— recoge once poemas centrados en el hombre. Argullol ensalza las actitudes que alientan a los espíritus más audaces, rechazando las que adormecen al hombre sumiéndole en la resignación. Finalmente, el texto se cierra con «Mediterráneo Destino»: reencuentro con las enseñanzas de un pasado áureo, para que el tiempo corrosivo no destruya nuestros sueños más elevados.

¿Pero quién, entre nosotros,  
habrá resistido la doma de los años  
y acariciará aún  
los caballos de la utopía?<sup>36</sup>

El segundo texto de poesía, «Duelo en el Valle de la Muerte», está estructurado de manera diferente. Contiene siete poemas largos recreando escenarios que nos transportan a los paisajes de abismo y desolación que se pueden contemplar en el Valle de la Muerte. Argullol establece un duelo. Porque se trata, efectivamente, de un duelo del hombre consigo mismo —al igual que sucede en sus narraciones—, entre el hombre y la Naturaleza. Estamos, de nuevo, en el encuadre romántico. Los poemas de Argullol, confrontan al hombre con la soledad y belleza del desierto, con las sensaciones que despierta el ocaso, la muerte y la pasión de vivir. Son el intento por descifrar el enigma del hombre en la memoria de una infancia, irremediamente perdida, donde los instintos guiaban las acciones, y las sensaciones aún retenían su intensidad más pura. Describe aquel hombre que, a pesar de tormentas embravecidas, no se amedrenta ante los restos del naufragio cubriendo, con la luz de las tinieblas, el sendero de su existencia.

¿Acaso no llamaste hombre  
a aquel ser capaz de resurgir  
desde la mies de la disgregación,  
a aquel que en el último naufragio  
aún posee fuerzas para desplegar las velas de su nave  
y dirigir su quilla  
contra el desprevenido torso de la tiniebla?<sup>37</sup>

El hombre al que tan sólo le restan las sombras de lo que siempre permanecerá:

Sombras, sólo sombras  
se acercan a ti como rostros de la ausencia.  
Sombras de los días  
cruentamente atrapados por la pena,  
placenteras sombras  
de todo cuanto sorbiste con avidez  
en aquellos días que el vino iluminó.  
Sombras, sólo sombras  
de lo que yace, de lo que palpitará siempre  
porque es eternamente irrecuperable.<sup>38</sup>

<sup>36</sup> Argullol, op. cit., (35),  
pág. 89.

<sup>37</sup> Argullol, op. cit., (4), pág.  
35.

<sup>38</sup> Argullol, op. cit., (4), pág.  
48.

La poesía de Argullol nos muestra a un creador apasionado en su cometido al igual que sucedía en otros escritos suyos. Palpamos en él a un poeta entregado a cada palabra, por cada frase, en cada poema. Sus versos llenos de fuerza transmiten un mundo lleno de riesgos, inquietudes y disputas. Su verbo es directo, contundente, demolidor como el golpe seco, definitivo, con el que un boxeador pone fin al combate. El lector queda preso de desgarros, sensaciones, imágenes desoladoras del naufragio. Su poesía pone rumbo a tierras remotas, mares tormentosos, desiertos de soledad asfixiante, paraísos perdidos donde el hombre libra las batallas más cruentas. Contagia los sentimientos más nobles: actitudes excelsas, pasiones encendidas, sueños imposibles. Argullol desborda la imaginación portentosa de los seres aguerridos. En su poesía reconocemos al poeta brillante, elegido, aquel que fragua de la nada, la palabra más hermosa: la destructora.

## 5. El fin del mundo como obra de arte

Este apartado toma el título de la última obra de Rafael Argullol subtitulada «Un relato occidental», que voy a utilizar como primera base de referencia a este texto. Y me interesa subrayar sobre todo el término relato que, no olvidemos, según la Real Academia Española de la Lengua, tiene dos acepciones: la primera, «conocimiento que se da, generalmente detallado, de un hecho»; la segunda, «narración, cuento». Mi interés viene dado porque el texto de Argullol contiene, efectivamente, conocimiento, ideas. Filosofía, en definitiva. Esta filosofía adquiere la forma de la narración —literatura— porque desarrolla un argumento, «el fin del mundo como obra de arte». En última instancia, sus argumentaciones nos llevan como las filosofías y literaturas mejores, a un referente mítico —¿un cuento?— donde intentar descifrar lo indescifrable: poesía, al fin y al cabo. No me cabe la menor duda de que éste, es el texto más logrado de Argullol. En él, ha conseguido plasmar de forma prodigiosa lo que en textos anteriores se iba, parcialmente, entreviendo. Dos son, a mí entender, los argumentos decisivos para enfatizar la importancia de esta obra. El primero, la forma que ha empleado. Se ha escrito y discutido sobre la posibilidad de un trasvase de los géneros. Son muchos los que piensan que esta interconexión de géneros perjudica a la creación. No es correcto impregnar un género de otro, ¿otros? Es necesario mantener el rigor en los mismos y continuar con la distinción clara entre unos y otros. Existen, por otra parte, algunos autores que mantienen no sólo la conveniencia de una mayor interrelación entre los géneros sino que la consideran del todo necesaria. ¿Por qué mantener géneros estancos? También los hay que dudan de la existencia de los mismos. Se han presentado, como es lógico, argumentos a favor y en contra de cada postura. Es difícil expresar cuál es la posición correcta.

¿Dónde situar la obra de Argullol en esta supuesta controversia? A la luz de este último texto, uno estaría tentado de colocarlo entre los segundos. Pero, francamente,